

CAPITULO XXIV.

(1541.)

Los indios de Teocaltiche y otros pueblos se van á reunir con los de Nochistlán y el Mixtón. — Observaciones de Oñate al Virey y contestación de éste. — Presentase el ejército español frente á Nochistlán. — Informe de un indio antiguo criado de Ibarra. — Más de 60,000 indios de varias tribus esperan en Nochistlán al Virey Mendoza. — Ordena éste á Miguel de Ibarra les haga la intimación de estilo. — El cacique Tenamaxtle rechaza esa intimación. — Segunda intimación. — Respuesta de Tenamaxtle. — Ataque contra los españoles. — Tercera intimación. — Quince días de continuos combates. — Ataque general contra los indios. — Conducta infiel del cacique de los caxcanes que decide la batalla de Nochistlán en favor de los españoles.

Ocupábanse todavía en conferenciar Oñate y el Virey, cuando á la sazón recibieron noticias de que los indígenas de Teocaltiche y otros pueblos de los que ántes estaban de paz, los habian abandonado para incorporarse con los insurrectos de Nochistlán y del Mixtón. Esta noticia dió motivo á Oñate para hacer algunas observaciones al Virey.

“Este es, Señor, nuestro trabajo, dijo Oñate, que después de bajar á estos indios de paz por bien ó por fuerza, cada cuando les da la gana, ó alguna india les sugiere alguna superstición vuelven á levantarse; esta es la razón porque conviene se tengan sujetos: bien conozco que son libres, pero una vez que recibido el Evangelio y dada la obediencia, apostatan y dan guerra á los españoles, y quitan la vida á sus religiosos doctrineros, parece razón esclavizar á lo ménos á los varones, siendo de edad de que puedan ser culpados; estos pueblos ayer estaban de paz y hoy por esos montes, y ya si fueran solos y se estuvieran remontados, con la paciencia y tolerancia al cabo de tiempo se pudiera esperar su reducción, convidándoles con la paz; pero el demonio, valiéndose de los gentiles, les incita á guerra, y unidos com-

ponen grandes ejércitos. Cuando están pacíficos, es corto el número de que se componen los pueblos; más para cojer las armas, parece que los produce la tierra.”¹

“Pues Señor Gobernador, dijo el Virey, vd. ordene lo que se ha de hacer; soy su soldado, y los míos tienen orden de obedecerle: no suceda como á Alvarado por no tomar consejo, de los que conocen la tierra y gente.”

Oñate contestó al Virey indicándole la conveniencia de atacar sin demora á los sublevados del cerro de Nochistlán, quienes bien podian aumentar en número si se dejaba pasar más tiempo sin atacarlos. Así es que consecuente D. Antonio de Mendoza con el parecer de Oñate, dió orden á su ejército de avanzar sobre aquella posición; pero á efecto de evitar que los sublevados ó descontentos de otros pueblos del Sur, fueran á reforzar á los de Nochistlán y el Mixtón, envió luego varios correos previniendo á los destacamentos que habia puesto Alvarado en algunos puntos cuando vino en auxilio de Guadalajara, se conservasen en ellos sin moverse y estuvieran listos para proteger al Virey en el caso de necesitarlo así.

Movióse, pues, el ejército, de las inmediaciones del rio de Temacapulí, donde se encontraba acampado, y después de 8 leguas de marcha se presentó frente á Nochistlán en los primeros dias de Diciembre. Dícese que en el intermedio de esta jornada, se presentó un indio á Miguel de Ibarra, de quien era antiguo criado, rogándole se devolviera con toda su gente, porque los de Nochistlán y el Mixtón estaban tan soberbios y resueltos, que habían protestado matar á todos los españoles. Ibarra no se preocupó con esta noticia, y antes bien la recibió con cierto tono de burla, lo que obligó al indio á replicar á Ibarra: “no te rias, porque sin duda será como lo digo, pues allí está una india que lo ha asegurado y sabe mucho, porque ella fué la que cuando fueron los indios sobre Guadalajara, les dijo que habían de ser vencidos, como sucedió; y así amo mío, yo te quiero mucho, y por eso te ruego te vuelvas.”²

Una gran multitud como de 60,000 guerreros lanzando estrepitosos gritos aguardaban sobre el cerro al disciplinado

¹ Mota Padilla cap. XXIX, p. 144.
² Mota Padilla cap. XXIX, p. 145.

ejército español. El aspecto de aquella muchedumbre, electrizada por el sagrado entusiasmo de la libertad, parecía un florido ramillete, dice el historiador Mota Padilla, aludiendo á la variedad de colores con que acostumbraban llevar sus penachos, estandartes, *chimaltes* y otros objetos.

Caxcanes, tecuexes, zacatecos y otras tribus¹ se encontraban allí unidos bajo la bandera de una causa común y dispuestos á sacrificarse por los mismos intereses y por las mismas libertades.

Pero antes de emprender el ataque se hizo uso de la tan trillada cuánto inútil fórmula de intimar á los indios para que se rindieran, ofreciéndoles que se les perdonarían las muertes, incendios y otros males que habían causado á los españoles siempre que bajaran de paz y volvieran á la obediencia de sus señores ó encomenderos. El encargado de tal comisión fué Miguel de Ibarra; y apenas hubo éste concluido de pronunciar las últimas palabras de la intimación, cuando alzó la voz en medio de aquella agitada multitud el cacique Don Diego Zacatecas ó *Tenamaxtle*, que mandaba en jefe el ejército sublevado:

“Yo también, dijo intrépidamente el esforzado caudillo, os requiero que en paz os volvais á vuestra Castilla, pues nosotros estamos en vuestras tierras; y si nó, sabed que así como cuando fuimos contra vosotros á Guadalajara nos vencisteis, ahora que nos acometéis, seréis desbaratados.”²

¿Podía darse respuesta más justa y acertada á las caprichosas exigencias de los jefes españoles? ¿Qué mejor contestación á las arrogantes amenazas de unos extranjeros cuya patria había sido también violenta é injustamente hollada por las huestes de Tarik y de Abderramen?

Pero el orgullo español no podía consentir en que señalara límites á sus armas un guerrero salvaje, un capitán indígena nacido en las áridas montañas de Zacatecas, ni que una multitud de osados gentiles, intentara humillar al asenderado león de Castilla.

Por segunda vez habló Ibarra al jefe *Tenamaxtle*, amenazándole en nombre del Virey si no consentía en rendirse, pero *Tenamaxtle* irritado con las amenazas que se le hacían,

1 Tello, c. 136, p. 447.—Monarquía Torquemada, t. 1º p. 20, p. 515.

2 Mota Padilla, c. 29, p. 145.

replicó: “Debéis de estar locos, pues sin más que vuestro querer, venís á que os matemos: nosotros por fuerza nos exponemos á la defensa de nuestras tierras: pero á vosotros, ¿quién os ha llamado? Acordaos que cuando vinieron Francisco de la Mota, Camino y los demás, pagaron su atrevimiento y lo mismo Alvarado y los que trataron de la venganza: nosotros escarmentamos para no irnos á buscar á vuestras casas, porque fuimos vencidos, y así, escarmentad vosotros y dejadnos, y de no, aguardad.” Al concluir este juicioso razonamiento, hizo una señal á sus soldados el jefe zacateco, y una simultánea y estrepitosa vocería acompañada de tupida descarga de flechas y piedras respondió á la señal indicada. Ibarra, que se vió acometido de una manera tan intempestiva, se retiró violentamente al campo español, el cual se alistó para combatir, temiendo que los indios acometieran en seguida. Sin embargo, pasó ese día sin ninguna otra novedad; pero al siguiente, quizo el Virey probar por última vez si amenazando á los sublevados con destruirles su fortaleza y matarlos, consentirían en rendirse. Hízose así, más lejos de recibir con seriedad el nuevo requerimiento, se burlaron del emisario español, diciéndole que si el Virey se creía tan fuerte para cumplir sus amenazas que probara hacerlo.

El Virey consideró ya inútil toda negociación pacífica con los sublevados y mandó batir con artillería la entrada de la fortaleza; más á pesar de que varias veces se logró derribarla, los indios también consiguieron reparar los destrozos causados por la artillería, cuyo mortífero fuego diezmaba las intrépidas filas de los sitiados, aunque sin hacerles retroceder un paso.

Así pasaron como quince días en medio de continuos asaltos, y algo molesto y avergonzado el Virey por haber encontrado una resistencia tan tenaz y por no haber logrado hasta entónces ninguna ventaja positiva contra los insurrectos, decía: “Vergüenza es que estos indios nos hayan tenido tanto tiempo en continua batería, y creo han de ir mudando el peñol sobre los nuestros, según la muchedumbre de piedras que nos arrojan.”

En efecto, era tal la cantidad de piedras que arrojaban sobre los asaltantes, que si se ha de dar todo crédito á los historiadores, con esas mismas piedras iban los indios impro-

visando trincheras y ganando terreno fuera del recinto fortificado, hasta obligar á los españoles á alejar su campo.

Mandó, pues, el Virey que se emprendiera un ataque general, pero no tuvo mejor éxito que los encuentros anteriores, pues habiendo sido nuevamente rechazados los castellanos, tuvieron éstos que volverse á sus posiciones.

Habíase quedado Miguel de Ibarra observando por dónde convendría atacar el cerro con probabilidades de ganarlo, ó por qué lado podría descubrir alguna entrada más fácil, y estando en esto oyó que desde una de las albarradas inmediatas se le llamaba por su nombre. La curiosidad obligó á Ibarra, en medio del peligro que sin duda corría en aquel momento, á cerciorarse de quién pudiera ser la voz que escuchaba. Acercóse á la trinchera y descubrió que quien le dirigía la palabra era un enviado de D. Francisco Aguilar, cacique de los *caxcanes*; el enviado referido dijo á Ibarra que D. Francisco deseaba hablarle y que le estaba esperando en un lugar inmediato. Fué, pues, Ibarra á verse con el cacique, lo que pudo verificar sin ser observado por los del cerro, puesto que ya era entrada la noche.

Tan luego como Don Francisco vió á Ibarra, que era su encomendero, comenzó á derramar lágrimas y á disculparse de que se hallaba comprometido en aquella nueva sublevación, porque como ya otra vez le había manifestado, tenía mucho miedo de Don Diego el *Zacateco* y tal era la razón porque se encontraba allí. Informó á Ibarra de la situación precaria de los sitiados, á quienes no solo comenzaban á faltar los viveres, si no particularmente el agua, pues apenas podían disponer de la que les proporcionaba un pequeño manantial, insuficiente para abastecer á más de 60,000 personas que se encontraban defendiendo el cerro.

Terminó su entrevista Don Francisco manifestando á Ibarra el decidido intento de abandonar esa misma noche la fortaleza, sacándose á los indios de su obediencia, que serian como 2,000, siempre que Ibarra le protejera la fuga y le consiguiera el perdón con el Virey.

No era de desperdiciarse esta magnífica oportunidad, que no solo contribuiría á debilitar el número de los sitiados, sino particularmente á revelar á los españoles la entrada que tanto necesitaban conocer para atacar con más seguridad y expectativa la abrápta é inaccesible fortaleza.

Aceptó, pues, Ibarra la proposición del jefe caxcán, á quien ofreció que á las doce de la noche y con el sigilo necesario estaría en el punto convenido para proteger la salida.

Debe recordarse que no fué esta la primera vez que D. Francisco cometió la punible flaqueza de traicionar á sus compatriotas, contribuyendo con tan torpe conducta, no solo á la ruina de los demás pueblos amigos, sino también á la suya propia y á la de los que obedientemente le seguían. Cuán diverso era el carácter del caudillo D. Diego Zacatecas, comparado con el de su compañero D. Francisco. El uno intrépido, fiel y patriota en grado heróico: el otro débil, pusilánime y veleidoso; aquel poseído de un acendrado amor por la independenciam, prefirió una muerte gloriosa, á la paz que se le brindaba; éste, mirando con horror los sacrificios debidos á la libertad, prefirió traicionar á los suyos, para ir voluntariamente á uncirse al yugo de la esclavitud.

Muy diversa hubiera sido la suerte de las armas castellanias, ó cuando ménos dudosos sus triunfos, si no hubieran encontrado los conquistadores, espíritus débiles y crédulos, prontos á sujetarse á la férula de enemigos extranjeros, ya sea por temor, ya por adhesión ó ya por cualquiera otra causa, que de ningún modo podía justificar á los que faltando á sus más sagrados deberes, hacian causa común con los invasores.